LA ILUSTRACION ARTISTICA

AÑO VIII —— BARCELONA 4 DE FEBRERO DE 1889 —— NUM. 371

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



INAUGURACIÓN DEL MONUMENTO Á CLAVÉ EN BARCELONA.—CARRO ALEGÓRICO CON QUE TERMINABA LA PROCESIÓN CÍVICA

(Reproducción fotográfica)

SUMARIO

–

Texto. – *Nuestros Grabados.* – *El Contramaestre* (conclusión), por don Cesáreo Fernández Duro. – *Las piedras encantadas*, por don Carlos Quevedo. – *Noticias varias.*

Grabados. – *Inauguración del monumento á Clavé*, carro alegórico, ideado por don J. Luis Pellicer. – *Composiciones y dibujos de Salvatore de Gregorio.* – *Muchacha de chioggia*, estudio de Moisés Bianchi, de Monza. – *La Triple alianza*, cuadro de A. Bakker-Korff. – *El abuelo*, cabeza de estudio de G. Hackl. – *El monumento á Clavé*, proyecto de don José Vilaseca. – *Medalla de premio*, (proyecto aprobado del escultor don Eusebio Arnau). – *Suplemento artístico: Madonna*, cuadro del profesor T. Grosse.

NUESTROS GRABADOS

INAUGURACIÓN DEL MONUMENTO Á CLAVE carro alegórico, ideado por D. J. Luis Pellicer

Bello y animado espectáculo presentaba la Rambla de Cataluña el día en que fué inaugurado el monumento destinado á honrar la memoria del popular músico-poeta, emplazado en el mismo sitio donde empezó su merecida fama. Por cima de millares de cabezas ondeaban los vistosos pendones de muchas sociedades euterpenses, y cuando el Alcalde de Barcelona puso al descubierto la estatua de Clavé, ni un solo circunstante dejó de lamentar en lo íntimo de su alma que de esos honores póstumos no se hubiera anticipado una pequeña parte siquiera al ilustre compositor durante su rudo y prolongado combate por la vida y el arte.

Lo más notable del cortejo fué sin duda el carro con que terminaba, compendio de los cantos de Clavé, representación de los pensamientos en que se inspiró como poeta y como artista Dominaba en la composición del carro la nota de la naturaleza, que fué siempre la musa favorita del autor de las *Flors de Maig*, y entre el verdor de los figurados campos y los ramilletes de las pintadas flores se destacaban las vivientes representaciones de esos cantos sin precedente que se propagaron de manera instantánea porque hicieron vibrar la fibra de la patria catalana. Ese carro demostró una vez más el talento del Sr. Pellicer y concilió lo bien pensado de la composición con la elegancia de la forma.

DIBUJOS, de Salvatore de Gregorio

Publicamos en el presente número tres dibujos del joven artista italiano alumno de la Academia de Nápoles. El tipo característico de este artista es sumamente original, pues consiste en buscar la representación de un sentimiento, hasta de un hecho supuesto, por medio de la arquitectura. Comprende tan bien Gregorio esta bella arte que cualquier arquitecto ilustre podría hacer suyos los proyectos que aquél traza sin idea alguna de que puedan realizarse ó traducirse en obra de verdad. El dibujo núm. 3 representa el interior de un templo desierto ó poco menos y parece ilustración de alguna escena de novela fantástica y tenebrosa. No diremos que este género pictórico esté llamado á prosperar, pero es indudable que si mucho talento se necesita para hacer *hablar á las piedras*, muy superior debe ser el del artista que hace hablar á las piedras... pintadas.

MUCHACHA DE CHIOGGIA estudio de Moisés Bianchi, de Monza

Chioggia es el campo predilecto de los estudios y trabajos de Bianchi. No es de extrañar en quien siente singular inclinación hacia los espectáculos siempre grandiosos de ese elemento seductor cuando el céfiro riza su superficie, imponente cuando la tempestad ruge en su fondo. Quien ama el mar ama á los marineros, y es inútil decir que también á las marineras. Bianchi nos ha dado una prueba del cariño con que las estudia en esa muchacha cuya típica belleza no ha sido aún ajada ni por los huracanes de los mares ni por los huracanes más temibles aún de las pasiones. Esa joven que el artista ha encontrado en sus playas favoritas, tiene algo de la belleza de las sirenas, algo que atrae de pronto y que impone seguidamente. Esto consiste en que su rostro lleva impreso como un sello de reflexión y de tristeza prematuras. Si pudiéramos enterarnos de la breve historia de esa niña, sin duda resultaría que su padre encontró ancha é ignorada tumba en el mar que lame su cabaña. De seguro es la huérfana del marinero criada en la soledad de una mansión donde abunda menos el pan de los hijos que las lágrimas de la madre.

LA TRIPLE ALIANZA, cuadro de A. Bakker-Korff

Esta triple alianza es menos temible que la de las potencias del Norte. Aun cuando á primera vista pudiera creerse que el autor ha pintado la sátira del egoísmo que ha condenado á tres mujeres á solterismo perpetuo, pronto se echa de ver todo lo contrario, puesto que su propósito ha sido vindicar á las solteronas de la prevención con que, al igual de las suegras, se las juzga sin razón plausible. Porque una mujer no encontró en su juventud quien supiera apreciar lo que valía, ó porque no quiso venderse al mejor postor, ó porque no la pareció bien entregar su dote á quien no podía entregar su corazón, hétela calificada con cierto desprecio de *solterona*...

Bakker-Korff, apartándose de la vulgar preocupación, no ha querido hacer de sus tres solteronas nada parecido á las tres Parcas; los tipos de esas mujeres son cuando menos respetables, y si se reunen para departir en común y hacer menos dura su triste existencia, es porque la comunidad de la pena engendra más afectos que la comunidad de la dicha. Respetemos la expansión bien modesta de esas damas y calculemos que sin esas visitas, mucho más inocentes de lo que se las juzga, el hogar de la anciana sería un hogar frío, silencioso, desierto, animado únicamente muy de tarde en tarde por la presencia de algún sobrino á quien tarda la hora de heredar á la *solterona*.

EL ABUELO, cabeza de estudio de G. Hackl

Tiene este dibujo todas las condiciones de obra de maestro, habiendo vencido su autor las dificultades de hacer carnes pastosas en un semblante de octogenario sembrado de profundas arrugas. La expresión del personaje está admirablemente reproducida; es un abuelo en quien la vida no se ha extinguido del todo; á la vista de ese hombre puede decirse que se ha encontrado la *rara avis* del *mens sana in corpore sano.*

EL MONUMENTO Á CLAVE proyecto del arquitecto D. José Vilaseca

El fundador de los coros euterpenses fué uno de los hombres más útiles á sus semejantes: el monumento que perpetúa su memoria está muy por debajo de su mérito. Como dijo Zorrilla, á propósito del erigido en Madrid para honrar á Cervantes:

Según como te lo dieron
parece que les pesó.

EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE BARCELONA Medalla de premio

(Proyecto aprobado del escultor don Eusebio Arnau)

Para premiar el mejor modelo de esta medalla hubo que convocar tres concursos de artistas, hasta que en el tercero obtuvo el accésit el del escultor don Eusebio Arnau entre los treinta y dos proyectos presentados, habiendo merecido después la aprobación del Jurado.

Este inteligente artista empezó sus estudios en la Casa de Caridad de nuestra capital, y la Junta directiva del benéfico establecimiento, al observar sus aptitudes y adelantos, le designó excelentes profesores bajo cuya dirección dió tales muestras de progreso en la escultura y grabado en hierro, que en 1887 ganó el premio en metálico con que la Diputación provincial galardona á los alumnos más sobresalientes.

El señor Arnau está llamado á figurar ventajosamente entre la ilustre pléyade de artistas que á tanta altura han puesto el nombre de Cataluña.

SUPLEMENTO ARTÍSTICO

MADONNA, cuadro del profesor T. Grosse

Pintar á la Virgen en la plenitud de su belleza, en el apogeo de su dicha de madre; he aquí el propósito del autor de este lienzo, rico de encanto, de frescura y de poesía. En esos cuerpos, el arte ha sublimado la belleza material con un soplo de la divina esencia. En la obra de Grosse, María no ha sentido aún ninguna de las heridas que la convirtieron más tarde en Virgen de los Dolores. No se la ocultó su misión, pero su felicidad de madre se ha hecho por un momento superior á las infalibles profecías. El rostro no puede ser más dulce, ni la actitud más elegante, ni la impresión más simpática. Para que todo en esta composición sea igualmente plácido, ilumínala un rayo de sol purísimo á través de una atmósfera serena y limpia como el alma de esa mujer, como la mirada de ese niño, resplandeciente de dulzura, tranquilidad y amor.

EL CONTRAMAESTRE

(Conclusión)

Por dicha continuada, otro año más le trae acceso á un buque de guerra que ha recalado por allí: Julián Chumacera, con el título de paje y la ración de bizcocho ordinario, no se cambia por el arzobispo de Toledo. Allí sí que hay palos altos, botes hermosos, velas inmensas; y luego, qué gusto ver cómo se tienden sin más que un trino del pito, y á otra pitada desaparecen por encanto, subiendo como hormigas, juntos los marineros á aferrar las. Pues ¿y los cañones relucientes y las banderas y gallardetes, y la cámara con espejos y las charreteras de los oficiales? Verdad es que la recepción que le disponen los otros pajes nada tiene de cariñosa, acosándole á preguntas, soltando sobre él un chubasco de cuchufletas entre malas pasadas que le hacen caer de cabeza desde el coi ó descender sin gana por la escotilla de la despensa.

– Vamos á ver, pastor, – le dice uno, – ¿cuál de esos cabos es el chafaldete?

– ¿A qué tocan? – dice otro, en el momento en que el pito llama al basurero.

– ¿De dónde habrá salido este animal de bellota, – exclama un tercero, – ignorando que á bordo no hay más cuerdas que la de la campana y de la mecha?

– ¡Si no conoce siquiera una salvachía!

– Pues ha de saber á lo que sabe un rebenque...

Julián lo aprende, en efecto, rascándose la parte más carnosa de su cuerpo, pero no tarda mucho en estar al nivel de los nuevos camaradas, devolviendo broma por broma y golpe por golpe con satisfacción del guardián, amigo de muchachos listos, por más que de vez en cuando *amojele espeso* (1) en prueba de paternal solicitud hacia los educandos.

Aun en botánica hace progresos Julián, á costa de sus haberes, clasificando perfectamente la breva de Puerto Real, el higo de Lepe, naranja de Valencia, damasco de Chiclana, fresones de Ferrol, bergamotas de Vigo, en los estudios del litoral, que se ensanchan con el conocimiento de los dátiles de Berbería, guayabas de Canarias, plátanos de Puerto-Rico, chirimoyas de Méjico, aguacates de Venezuela, piñas de Cuba, nísperos del Japón, lechías de China, mangos de Luzón, lanzones de Mindanao, mangostanes de Joló, simples que le llevan á considerar los compuestos del zumo de la uva y de la caña de azúcar, cual se encuentra en Jerez, en Jamaica ó en Pisco.

Pasando por las plazas de grumete, juanetero y ayudante de timonel, á los veinte años llega á ser Chumacera un excelente marinero, estimado de sus superiores; con todo, ¡instabilidad de los juicios humanos! no está contento. Por evolución de las ideas piensa que desde los barcos del Rey se ve lejos la tierra. La tierra, donde se dan todas aquellas cosas dichas y otras de que no hay que decir sino que á Julián no le disgustan. Solicita en consecuencia la dejación del servicio para ofrecerlo voluntario á la navegación mercantil más ó menos lícita. El destino de la nave le tiene sin cuidado, el riesgo y el trabajo no le preocupan, lo esencial es correr mundo, y lo corre.

Es de consignar que los grandes espectáculos de la naturaleza no le impresionan mucho; cualquiera diría que el humeante penacho del Etna, los *fjords* de Noruega, el panorama de Funchal, el río de Cantón, le eran de mucho antes conocidos, tal es la indiferencia con que los mira; una *caza do pasto* en Lisboa, un *cofijans* (Cofee-House) en *Lievrepul* (Liverpool) despiertan preferentemente su atención, no descuidada ciertamente en los atractivos de las hotentotas del Cabo, de las robustas y coloradas hijas del Eskalda, de las mulatas de Rio-Janeiro ó de las cholitas del Callao. Pasa un año de pesada navegación que le produce seis onzas, seis días de gran vida en tierra por desquite; quedando resto suficiente con que comprar tabaco, jabón, agujas é hilo, todo va bien: vuelta á empezar.

¡Cuántas hojas podrían llenarse con los episodios de la vida del marinero! Aquí no hacen al caso más que los de transición, así el lector curioso ha de buscarlos en otra parte, contentándose con saber que por causa de guerra con el inglés, la convocatoria de la matrícula llama otra vez al servicio de S. M. á Julián Chumacera, hijo de otro y de Manuela Matapón, licenciado de primera campaña voluntaria. La noticia llegó oportunamente, hallándole con tres dedos magullados, sin ocupación y con la última peseta en el bolsillo.

En la segunda campaña obtiene las plazas de artillero de mar, gaviero, timonel, patrón de la lancha, cabo de guardia, las principales á bordo; es hombre de confianza, el ojo derecho del contramaestre; y á resultas de un combate en que salta el primero al abordaje del enemigo, formada la tripulación de popa á proa, después de tocar los pitos á silencio, haciendo el comandante relación de su mérito, que ha llegado á noticia del general de la escuadra, le pone por su mano el distintivo de oficial de mar, premio de la aptitud y la bravura. Allí acabó la perspectiva de futuras expediciones en embarcación *marchante:* ha empuñado la caña de Indias, símbolo real de la autoridad que le perpetúa en el servicio naval militar.

Pasan, no obstante, muchos años antes de llegar á primer contramaestre ó contramaestre por antonomasia; cambia el petate desde la goleta á la fragata, gasta las macetas de aforrar en los talleres de recorrida de los arsenales y al recibir el nombramiento tiene el cabello gris y algunas cicatrices en el cuerpo. De alegre, decidor y bullanguero se ha tornado grave y poco comunicativo; sábese que en varias ocasiones ha salvado con inminente peligro de su vida la de media docena de personas, pero no hay que hablarle de esto ni hacer alusión á sus acciones de mar ó guerra. Las preguntas le ponen de mal humor y las elude bruscamente.

– Nuestramo Julián, ¿ha estado usted en Liorna?

– Sí.

– ¿Qué hay allí de notable?

– Lo que en todas partes.

– ¿Hace muchos años que empezó usted á navegar?

– He roído alguna galleta desde entonces.

El medio seguro de obligarle á referir algo es tildar á nuestramo Baltasar, nuestramo Pepe, el tuerto, cualquiera de los que le han servido de maestros; entonces encolerizado, perjurando que solamente de algún animal de alcatraz ó marinero del Papa procede la calumnia, explicará cómo dirigieron tal faena, cómo salieron de un trance, acabando por asegurar que no existe en la armada contramaestre que le descalce los zapatos. Los marineros predilectos conocen perfectamente el resorte, que no dejan de tocar cuando conviene.

Algunos ejemplares del tipo suele haber corpulentos, por excepción; en general el contramaestre es enjuto, ágil, sanguíneo y nervioso; limpio en la persona, desaliñado y caprichoso en el traje, refractario á las prescripciones de la uniformidad. Nunca parece tan satisfecho como en los aguaceros de mar en que le es permitido subir á la cubierta con botas hasta la rodilla muy bien ensebadas, impermeable de lona que trasciende el aceite de linaza, y *sueste* (2) de lo mismo, que le presta apariencia de mascarón de la Edad media. Cuando se hizo reglamentaria la levita, exclamaba un nuestramo mirando los faldones: – *Al mismísimo diablo no se le antojara aparejar urca de mi porte con alas y arrastraderas.*

En el teatro de sus funciones han de verse mejor que en conjunto de relación los especiales rasgos de carácter, por lo que conviene seguir las vicisitudes de Julián Chumacera, elegido *contramaestre de cargo* del navío de sesenta y cuatro cañones *Aquilón* (también tipo), que va á lanzarse al agua en el arsenal de Cartagena.

Las ratas y el contramaestre son los primeros habitantes que embarcan en bajel nuevo: aquéllas sin orden de la Mayoría General del Departamento. Llámase *de cargo* el dicho contramaestre, porque al suyo y bajo responsabilidad personal empiezan á ponerse desde el momento los géneros, pertrechos y objetos diversos que han de contribuir á que el vaso de madera constituya habitación para quinientos hombres, alimento de los víveres y agua, suficientes á alimentarlos durante el trascurso de tres meses, fortaleza en que montar poderosa artillería, pólvora, proyectiles y artificios de fuego, en cantidad de bastar á todo evento, palos, vergas, jarcias y velas de uso, que vienen á ser medio en que obra el viento como propulsor,

(1) *Amojelar*, de *mojel*, especie de trenza de cáñamo que servía para sujetar el cable con el virador, muy á propósito para sentar las costuras del pantalón de los muchachos con alguna desazón del individuo.

(2) *Sueste*, casquete con una cola por la espalda para que escurra el agua.



COMPOSICIÓN Y DIBUJO DE SALVATORE DE GREGORIO

dobles juegos de respeto, herramientas, materiales, un mundo, en fin, ya que á un mundo en pequeña proporción asemeja la majestuosa construcción destinada á prolongar por todo el ámbito del Océano el territorio de la patria, mostrando su bandera.

Puestos uno al lado del otro estos objetos ocuparían seguramente la superficie entera de la plaza mayor de cualquiera de nuestras ciudades; á bordo se colocan metódicamente con tal orden y disposición que todos y cualquiera de ellos se encuentran á mano en el instante en que hacen falta, sorprendiendo el sistema á las mujeres más hacendosas y hábiles en menaje, que no aciertan á comprender, por confesión propia, cómo en tan poco espacio caben tantas cosas.

Todas no pertenecen al cuidado exclusivo del contramaestre; el condestable y el maestre de víveres comparten con él la responsabilidad de custodia y consumo de las que pertenecen á sus oficios; mas el primero las embarca y emplaza pasando ya á bordo á la dependencia respectiva y quedando en la suya las tres cuartas partes del total. El *pliego de cargo*, así denominado aunque tenga más volumen que el Diccionario de la Lengua, empieza expresando:

Un buque con:
Tres palos machos y bauprés.
Un timón con:
Cinco machos de bronce.
Cuatro hembras de bronce en el codaste.

Y por este orden sigue especificando hasta concluir con: Tantas docenas de agujas de coser velas.

La cuenta corriente de este inmenso almacén de objetos que se gastan ó se rompen y se reemplazan, intervenida y ordenada por el contador y segundo comandante, ocupan mucha parte del tiempo al contramaestre que aunque sabe leer casi de corrido y escribir algo más que su nombre, no es muy experto en las operaciones aritméticas; tiene que fiar la redacción de los documentos de descargo al escribiente del detall y la materialidad al *pañolero*, especie de guarda-almacén, que es marinero de su hechura; pero ni se equivoca en las cuentas, ni por rareza se ha dado caso de que en entrega ó recuento haya salido alcanzado contramaestre alguno, antes bien le sobran en cantidad numérica los efectos, y en especie aparecen varios que no han salido del arsenal ni se sabe cómo vinieron á bordo.

Los primeros cien hombres destinados al *Aquilón*, obedecen las indicaciones de nuestramo Julián, que observa cuidadosamente la disposición de cada uno cambiándolos de comisión y de sitio; vigila sobre todo á los que disponen las jarcias muertas que han de asegurar los palos, descubriendo en pocos días cuál es marinero y cuál promete serlo: los primeros conquistan su predilección, éstos su benevolencia; cuando se hagan las propuestas de plazas preferentes tienen en él *padrino*, experimentándolo el día en que el navío sale del arsenal al puerto completamente armado, en disposición de atender á la organización disciplinaria y de dar la última mano á la de policía.

Es momento crítico en que nuestramo Chumacera fija sólidamente las bases del servicio por el sencillísimo procedimiento que sigue. Se trata, por ejemplo, de barrer la cubierta, operación nada complicada. Nuestramo tiene designados, desde que se montó la guardia, once hombres al efecto, y ordena al pañolero que no saque más que diez escobas. Puesto al lado de éstas, da el toque de pito que manda la operación, y como necesariamente queda sin escoba uno de los hombres, le aplica buenamente dos cañazos en parte blanda y un discurso explicando que gran virtud es la diligencia en un navío de sesenta y cuatro cañones. A la media hora se ofrece embarcar un bote, aferrar los toldos ó cualquier acto ordinario, y teniendo cuenta con el último que llega en cada caso, le aplica los dos cañazos y el discurso sentencioso. Con ocho días de repetición seguida y una de tarde en tarde, cuando menos se piensa, se tiene una tripulación ejemplar. Es probado. Comunicó esta receta, con la venia del comandante, á un alto magistrado de la corte que pasó en comisión á Cartagena á estudiar las modificaciones que debieran aplicarse á los preceptos severos de las ordenanzas militares, y que se asombraba viendo que al toque de pito salían los hombres cual si llevaran detrás un toro de seis años.

Al señor Golilla se le hizo novedad le contaran que más ofende al marinero palabra mala de oficial que cañazo de contramaestre, atendiendo á que la autoridad de aquel, originada de un Real Despacho, se impone por la fuerza y temor de la ordenanza, mientras la de éste se admite como natural y necesaria, y viene por procedencia tradicional de otro marinero de origen á constituir superioridad patriarcal. La primera reviste continua tirantez, la segunda se dulcifica por el consejo, la enseñanza y la solicitud.

El oficial se mantiene dentro de las barreras del servicio; el contramaestre va á la cama del enfermo, se vale de mil medios que mejoren el plato del sano; le da un cigarro, sabiendo que no lo tiene. Mediador entre las clases extremas, es parte en los beneficios que alcanzan á la inferior; propone los ascensos, disculpa las faltas tolerables, infunde así en ella respeto amoroso, que en el concepto del magisterio se extiende hasta el guardia-marina, joven aturdido, poco respetuoso de suyo; alcanza la atención del oficial mismo y la consideración del comandante. Cuando éste llame un individuo, se acercará sumiso con la gorra en la mano; llamándolo el contramaestre, gritará: *¡Mande!* antes de aproximarse, y oyéndole decir: *¡Haber, uno!* una docena procurarán con diligencia anticiparse.

Organizado el servicio y establecida la marcha normal, no se prodiga en la cubierta nuestramo; desciende al cuarto piso del *Aquilón*, ó sea al sollado, donde, por privilegio de clase, goza la posesión en la misma proa de un camarote de sección triangular que mide siete pies en el mayor lado: la luz natural no penetra allí jamás directamente; el aire llega á través de mangueras; la temperatura estando entre trópicos, asciende á 30 y 40 grados centígrados, á lo que hay que agregar por la proximidad del pañol, el perfume mezclado de sebo, alquitrán y cucaracha. En el interior del camarote campea como adorno principal un cuadrito bien con la imagen del Santo Cristo de Candás, Cristo tan marinero que fué pescado en la mar con red, bien con la de Nuestra Señora del Mar, de Almería, la de Santa María del Socós, bendita monja que tenía permiso para pasear sobre el Mediterráneo y cogía debajo del brazo un bergantín si lo veía en peligro de zozobrar, ó la de otro santo patrono, siempre que pertenezca á la sección marítima de la corte celestial. Chumacera es cristiano, con pura y hermosa fe, y aunque de vez en cuando se le escape un terno (los sabe en todas las lenguas del universo), sin blasonar de mojigato da en el corazón ferviente culto á María, estrella de la mar. Medrado estaría el grumete de último número que al pasar lista en la guardia de noche, olvidara el: *¡Viva la Virgen!* Al naufragar en la fragata *Preciosa*, Julián hizo voto á Nuestra Señora de una fragatita empavesada, que fué á colgar por su mano del techo de la iglesia de Begoña. Cuando el huracán le arrancó de la cubierta de la corbeta *Topacio*, sobre la isla Aneyada, ofreció también á su protectora una misa, que oyó en la iglesia del Carmen, de Cádiz, marchando descalzo desde el muelle, llevando á hombros con sus compañeros la verga de trinquete.

No hay otro adorno en el camarote; una taquilla de pino guarda el pliego de cargo con el guardarropa, que no es de príncipe; y un caneco de ginebra ó de aguardiente de caña, como preservativo contra el reuma. Un *chinguirito* por la mañana neutraliza la humedad del baldeo, y otro de plus café *aprieta* la digestión. Más de cuatro ayudan con buen ánimo al contramaestre á darle un tiento al frasco en días de temporal en que manda sacarlo á plaza. Penden de sendos clavos las botas y el impermeable, ocupando el mayor espacio la litera con colchoneta y almohada; sábanas no gasta nuestramo, ni le hacen falta, pues que no se desnuda: es máxima suya que así como nadie conoce el momento de dar la vela para el otro mundo, el marinero no sabe tampoco la hora en que le llamarán y hay que estar siempre apercibido á una y otra cosa.

En esto de sentencias y refranes es Chumacera, como Sancho, saco sin fondo, salvo que los de nuestramo son embreados, como el lenguaje figurado que usa.

– ¿Qué haces ahí? – pregunta á un grumete que encuentra al paso.

– Pues nada, nuestramo, esperando que toquen *á tomar los medios*.

– *Salta como gallina muerta*, mamalón. ¿A quién se le ocurre sentarse sobre un motón que está trabajando? «Nunca te fíes de mujer que se calla, ni de motón que se queja.»

– Te voy á *amurar el foque*, socairero, – grita á otro que sorprende durmiendo la siesta en la mesa de guarnición. – Ya podías saber que «camastrón que se duerme se lo lleva la corriente.»

A puesta de sol sube ordinariamente Chumacera al castillo de proa á dar un vistazo general al aparejo y oir el parte de los gavieros que han verificado la descubierta; les da las instrucciones para el día siguiente; ordena el reparo de cualquier desperfecto; enciende el cigarro y entonces, si está de buen humor, es la ocasión de hacerle hablar. Tan perdida tiene la afición á la tierra que no baja nunca, á no estar en el arsenal ó en costa inhabitada, que en este caso no dejará de ir á ver si hay algo que pueda servir á bordo y no tenga dueño, porque nuestramo es una hormiguita. En otros casos dice que en tierra no se le ha perdido nada.

Cuéntase, por lo de guardar, que yendo en el *Aquilón* el virrey de Nueva-España con su familia y acompañamiento, se antojó á la virreina distraer la monotonía de la navegación celebrando la fiesta de la Virgen con solemne función improvisada; quería vestir una imagen que por encargo se llevaba á Veracruz y lo hizo con trajes suyos, pero estando los cofres de los más ricos en la bodega y no teniendo á mano con qué hacer el manto, acudió al comandante del navío, que no sabía qué contestar á la exigencia. – Que llamen al contramaestre, – dijo, por

COMPOSICIONES Y DIBUJOS DE SALVATORE DE GREGORIO



MADONNA, cuadro del profesor T. Grosse

decir algo, y al presentarse en la puerta de la cámara – Nuestramo, – añadió, – hace falta un manto para la Virgen. – Chumacera estuvo un momento bajo la misma impresión que su jefe. – ¡Un manto para la Virgen! – repetía; de pronto soltó la frase usual: – ¡Está muy bien! – y á los diez minutos volvió con dos varas de tisú, de verdadero tisú de plata. ¿Cómo poseía el pañol género tan preciado? A las preguntas reiteradas contó el buen Julián que habiendo logrado apagar el incendio de una urca dinamarquesa, le convidó á comer el capitán, á tiempo que estaban reconociendo los géneros averiados, y habiendo salido una pieza de tisú quemada por el lado, de modo que sólo se podían aprovechar los retazos, el dicho capitán le regaló aquellos dos.

– ¿Y para qué le iban á servir á usted? – preguntó el comandante.

– Para esto, – contestó con aplomo.

– Tiene razón, para esto; para el manto de la Virgen, – exclamaron riendo los virreyes.

Nuestramo Júlián regresó á su camarote haciendo letanías de los caprichos de las mujeres. Ignoro si en algún tiempo le dieron qué sentir; lo que á bordo saben todos, es que mentarlas á nuestramo equivale á nombrar la cuerda en casa del ahorcado: la andanada de improperios que suelta no tiene fin ni cabo: – «Mujer, viento y ventura, pronto se muda» – «¡Benditas sean ellas... en escabeche!»

La injusticia del solterón contramaestre se hace patente en el hecho de deber á una mujer la charretera. Escribiendo á la corte la virreina los acontecimientos del viaje, refiere el lance del manto de la Virgen, que abultado y embellecido por los comentadores llega á oídos del ministro de Marina. Pídense, de resultas, los antecedentes del individuo, se presenta larga hoja de servicios sin tacha, recomendaciones y propuestas traspapeladas, y extendido el despacho real, Julián asciende á don Julián, con alborozo de sus paniaguados.

Vuelve el *Aquilón* por entonces la proa al Oriente en demanda de la península ibérica, y cortando el meridiano de las islas Bermudas, el viento calmoso empieza á inclinarse al norte, por cuya dirección está fosco el horizonte.



MUCHACHA DE CHIOGGIA, estudio de Moisés Bianchi, de Monza

– Eh, nuestramo, – interpela el oficial de guardia, – ¿qué opina usted del tiempo? El barómetro no indica variación notable.

– ¡Hum! No entiendo de barómetros; lo que tengo aprendido es que por estos sitios: «A norte nuevo y á sur viejo, no les fíes el pellejo.»

La exactitud del adagio no tarda en confirmarse; antes de una hora reina deshecho temporal. *¡Qué ventania!* el navío *no cabe en la mar.* Se oye por las baterías la voz de *todo el mundo arriba;* el comandante toma la voz de mando, que es el caso en que hace oir su pito el contramaestre; se reduce el velamen, nuevas trincas sujetan á la artillería; corre el bajel con espantosa celeridad con sola la vela del trinquete y sucede un momento de reposo que aprovechan los marineros guareciéndose debajo del castillo.

– Esto se llama andar, – dice uno.

– A este paso, no tardaremos efectivamente en ver á Cabo Priosiño, pero ¿aguantará el trinquete?

– ¿No ha de aguantar? Tres cosas hay de resistencia incalculable: palo de punta, vela en viento y mujer de...

– ¡Eh! ¿Quién rebuzna ahí bajo? – interrumpe nuestramo Chumacera. – Vivo á subir del pañol dos betas nuevas de á siete. Rubito, – prosigue, dirigiéndose á un medio mulato del condado de Niebla, gran marinero, – vas á coserme un brazalote á esa verga que está trabajando más de su obligación. Ayúdale tú, Chato, y cuidadito, hijos míos, agarrarse.

Los dos aludidos ven que se trata de jugar la vida á cara ó cruz; no vacilan, sin embargo, subiendo por la jarcia con la celeridad que la fuerza del viento consiente. Llegados al penol ó extremo de la verga, un horrible crujido esteriliza su voluntad, verga y vela se han hecho pedazos con el ventarrón que azota á la cubierta, y no es esto lo peor, sino que atravesando el barco los golpes de mar destrozan la obra muerta, arran-

LA TRIPLE ALIANZA, cuadro de A. Bakker-Korff

can de su sitio las embarcaciones y con ellas arrastran unos cuantos hombres desdichados. Se tronca el mastelero de gavia abatiendo tras sí los mastelerillos de los otros palos; cae todo en el navío en confuso montón que embaraza el paso y en el balanceo magulla y hiere. Aquí es donde ha de notarse la sangre fría de Chumacera.

– ¡Ea, muchachos, no hay que aturdirse, vengan hachas! ¡Tú, Edreira, pica aquel estay; Villajoyosa, salta á la batayola y záfame la burda; aquí diez hombres! ¡Talla, talla, talla, bueno; ya está en el agua el principal estorbo! Ahora, aclararme la cubierta.

En los días de sol y brisa no se ve ni se oye al contramaestre; ahora no se aparta del palo mayor más que para ir al de trinquete; ni duerme ni come más que lo que allí le llevan. Roñoso de una filástica en lo ordinario, pródiga lo mejorcito del pañol, hachotes de cera, cabullería nueva, roldanas de bronce; que le pregunten para lo que sirve guardar las cosas. Cuando vuelve Julián al camarote, habiendo agotado el repertorio de las palabras más dulces, repartidas á los marineros con el contenido del consabido caneco, del temporal no queda más que la nota del cuadernillo de bitácora y el navío, bien con los masteleros de respeto, ó con bandolas, si la avería fué más gruesa, navega seguramente. No ha omitido tampoco asistir al lado del capellán, al rezar el responso por los que se borran de la listilla de raciones.

«A mal tiempo, buena cara.» Aprovecha la ocasión explicando en los días sucesivos á sus ahijados lo que pudiera suceder si en lugar de partirse la verga hubiera faltado el palo y cómo se remediaría este ó el otro accidente; explana el panegírico del Chato y el Rubito que tuvieron la sepultura del marinero cumpliendo como buenos; se hace expansivo, hasta el caso fenomenal de referir alguna de sus ocurrencias.

– Vamos á ver á que no acertáis la más rara de las expediciones á que yo he asistido?

– Cuente usted, nuestramo.

– Advierto que no hay cañonazos, ni tierras nuevas, ni naufragio, ni salvamento.

– ¿Pues qué puede ser?

– La expedición de la vacuna.

– ¿Qué es eso de vacuna?

– Ahí veréis. Salimos de Cádiz llevando á bordo unos cuantos niños con un doctor, que se entretenía en irlos vacunando. En Canarias embarcamos veinte ó treinta muchachos más con sus correspondientes niñeras: más que fragata parecía aquello una casa-cuna flotante. Pues así de brazo á brazo, llegó á Puerto-Rico la vacuna fresca y se propagó por toda la isla. Luego fuímos al continente, luego á Filipinas, y en todas partes nos recibían con campanas y cohetes.

– ¿Y para eso sólo iba una fragata con tanta gente y gastos? ¿No se podía enviar la vacuna por el correo?

– ¡Ah cernícalo! ¡Cómo se conoce que no has aprendido el cuento del huevo de Colón! La expedición, repito, es de las notables que ha enviado la nación española, aunque no ande en boca de muchos, y el nombre del doctor, que era don Francisco Balmis, está escrito en el rol de los hombres benéficos.

Nuestramo calló la parte que tuvo en la empresa, haciendo embarcaderos donde no los había, y preparando el buque para una misión tan ajena á su instituto. Les encareció en cambio la inteligencia de otros contramaestres en casos de varada en que es preciso suspender el peso de cuatro ó cinco mil toneladas y discurrir la manera; y cuando perdido el bajel, se han de salvar los pesados objetos sumergidos en el fondo. Les refirió lo ocurrido á los holandeses en el cabo de Buena Esperanza, donde habiéndose hundido en parte la grada en que acababan de construir una fragata, se quebrantó y quedó como clavada, de forma que iban á desbaratarla, al arribar allí un contramaestre que ideó forma de lanzarla al agua (1). Les entretuvo con la ocurrencia del arquitecto Fontana, aterrado ante la perspectiva de su descrédito en el fracaso de elevación del obelisco egipcio en la plaza de San Pedro en Roma. Sabido es que por una pulgada no alcanzaba el monolito á montar la base, y que el bando publicado por orden del papa Sixto V conminando con pena de la vida al que hablara, mantenía á los espectadores en profundo silencio. Uno gritó, sin embargo: *¡Agua á las cuerdas!* Recurso que no se le hubiera ocurrido al fontanero Fontana y que vino á salvar su reputación; la contracción del cáñamo humedecido bastó á poner en su sitio el obelisco. Se buscó inútilmente al autor de la idea, que había escurrido el bulto temeroso de la ejecución del bando; con todo llegó á descubrirse que era un contramaestre de la costa. Por final de sesión contó don Julián la faena de subir la famosa campana de Toledo que, por menos conocida apuntaré yo en extracto, omitiendo pormenores técnicos aunque desaparezca el gracejo con que nuestramo excitaba la hilaridad de los marineros, describiendo escenas tan interesantes como las de los señores del cabildo catedral que oyendo al contramaestre ser necesaria una *pluma*, se la presentaron de ganso, y como rectificara, explicando que lo que quería eran *perchas*, al punto le mandaron llevar las que sirven para colgar la ropa.

La campana de referencia se fundió el año de 1753 por orden del infante cardenal, don Luis de Borbón, arzobispo de Toledo, con encargo de obtenerla con el mayor primor y hermosura, sin atención al coste. Pesó 1.543 arrobas, aparte del badajo, que resultó de 1.400 libras de metal. Para elevarla fué desde Cartagena el contramaestre alférez de fragata don Manuel Pérez, acompañado de tres guardianes de navío y veintidós marineros. Llevó en carros, caballería y cuadernales, que pesaban 1.451 arrobas y cuyo trasporte ida y vuelta, costó 31.114 reales, y el día 30 de setiembre de 1755 la dejó segura en su sitio, habiéndola entrado por la ventana sexta, comenzando á contar por la cara del norte, encima de la puerta de las Palmas, donde empezó el ascenso. La maniobra se ejecutó con orden, precisión y celeridad, porque acudió tropa á formar cordón que contuviera á los curiosos, y se echó pregón por boca del verdugo, aunque no tan severo como el de Roma.

Quedaron tan complacidos los señores capitulares que aparte de un espléndido refresco á los marineros acabada la maniobra, abono de gastos de viaje y alimentos, al despedirlos ofrecieron de gratificación al contramaestre 12.000 reales, á cada guardián 750 y á los marineros 550, con lo que éstos se volvieron muy contentos al departamento, asegurando, al hablar de la campana,

Que caben siete sastres
Y un zapatero,
También la campanera
Y el campanero.

Quince días pasados de la narración de nuestramo Julián, en la amanecida, cantó el tope tierra por la proa y una vela por sotavento. En la tierra se reconoció la torre de Hércules; la vela, que estaba muy próxima, resultó ser fragata de guerra argelina. El pito de Chumacera dejó oir la indicación de silencio; iba á decir cuatro palabras al alma el comandante: después tocaron las cornetas zafarrancho de combate, y de ola en ola repercutieron los cañonazos. Muchos ojos se fijaron en la bandera de Argel, codiciándola; no á fe los del contramaestre, atento tan sólo al aparejo del navío. El médico estaba abajo aplicando vendajes y torniquetes á los heridos; á él le tocaba aplicar también remedio inmediato á un cabo cortado, á un cáncamo roto, á cualquier avería trascendental. La función fué breve; como el *Aquilón* portaba reducida superficie bélica por consecuencia del temporal referido, la fragata aprovechó la superioridad de marcha huyendo á todo trapo. Con el último disparo, ¡qué desgracia! acertó la bala en la serviola del navío y un astillazo desgarró el pecho del contramaestre.

– Vamos, muchachos, no hay que apurarse, – decía á los que le bajaban cuidadosamente al camarote, – algún día tenía que suceder. Avise uno al capellán que quiero ponerme al habla con él, y otro diga al contador que tengo alguna cosa que comunicarle.

– ¿Avisaremos también al médico?

– No es menester; dejadle que se entretenga con los que le necesitan.

El médico acudió, no obstante, observando con pena que eran realmente inútiles los auxilios de la ciencia. La sesión con el capellán no fué muy larga, y tocando el turno al contador, nuestramo Julián, hablando trabajosamente, expresó la última voluntad.

– Usted me ha de perdonar, señor contador, las molestias que le llevo causadas, y esta nueva, pero tengo ya *el práctico á bordo* y es preciso que haga testamento.

– Diga usted, don Julián, lo que se le ocurra en que yo pueda servirle.

– Primero quisiera que le pidiera usted al señor comandante que me echen al agua.

– En cuanto á eso, como ahora mismo vamos á entrar en puerto, no hay que pensarlo; tendrá usted sepultura sagrada en el cementerio de Ferrol.

– Hubiera preferido la otra; en fin, ¡cómo ha de ser! Para el testamento, ya que hay testigos, sabrá usted que no tengo padre ni madre ni perrito que me ladre. Ahí en la taquilla está el pliego de cargo con las papeletas de exclusión y de consumo.

– No se ocupe usted de eso.

– ¿No me he de ocupar? Todo está en regla. También parecerán cosa de trescientos pesos, cinco más ó menos. Quiero que de ellos se dé media onza para una misa á Nuestra Señora por bien de mi alma; un doblón á cada uno de los marineros que me lleven con los pies para avante. Al pañolero una onza y la ropa, para que se acuerde de los coscorrones que le tengo dados; el pito al timonel Pascual, que no tardará en usarlo; la pipa al gaviero del bauprés; el dinero que sobre después de los gastos, al Hospital de marineros de Nuestra Señora de Buen Aire, en Sevilla, y... no puedo más. Si á alguno le he sentado la mano pesada, que me perdone... que lo he hecho por su bien... y por el del servicio... Caballeros... hasta el valle de Josafat.

Aquella noche, fondeado el *Aquilón* á la boca de la dársena de Ferrol, tenía en la cubierta de cuerpo presente al que fué alma de la proa. Ocho faroles alumbraban la caja, de que no se apartaban los marineros silenciosos. Abajo, en el sollado, el condestable, el carpintero, el calafate, como si dijéramos, la familia del finado, discutían el epitafio que sería más decente escribir en la lápida; la mayoría se inclinaba á poner: «Aquí yace don Julián Chumacera, alférez de fragata, primer contramaestre del navío *Aquilón*. Dios lo tenga en su santa gloria.» A uno de ellos ocurrió consultar al pañolero, más conocedor de los gustos y deseos del difunto. El pañolero compareció con los ojos hinchados como puños.

– Escucha, Martínez, lo que hemos apuntado aquí. ¿Qué te parece?

– Que sobran muchas letras.

– ¿Pues qué pondrías tú?

– Yo, lo que hubiera puesto él:

Aquí yace el contramaestre

Cesáreo Fernández Duro

(1) Histórico.

LAS PIEDRAS ENCANTADAS

CUENTO DE NOCHE-BUENA

Es la Serratella un mísero pueblecillo de pocas casas, situado en lo alto de una sierra, y en un terreno lo más árido y pedregoso que puede darse. Ninguna señal de vegetación se ve en cuanto la vista alcanza, y en vano es sembrar en aquellos pedregales centeno ó cebada, pues nada allí crece ni prospera.

Pero si los habitantes de la Serratella no pueden mantener ni una sola cabeza de ganado en todo el término, ni coger el grano necesario para su sustento, en cambio, como ya hemos dicho, no tienen que ir á buscar muy lejos los materiales para sus edificaciones.

A una media hora de la aldea, cuyas avenidas son todas inaccesibles riscos, ó temibles desfiladeros, se encuentra una porción de peñascos esparcidos por el suelo, afectando una forma geométrica regular, semejante á la de grandes sillares, cual si fueran ruinas de alguna edificación ciclópea de los tiempos prehistóricos. En una de las masías de aquel término, vetusto y mezquino edificio, enclavado en medio de unos cuantos bancales plantados de viña, vivía un labrador tenido por el más rico de la comarca, sin otro motivo que el de que podía hacer todos los años su matanza, y hartarse de pan de centeno, repugnante masa cocida en el horno de la masía.

También cogía algún vino que le ayudaban á consumir los vecinos de la aldea en las grandes solemnidades cuando se llegaban por aquellos contornos á celebrar alguna reunión política de oposición al gobierno... del pueblo, compuesto del alcalde, alguacil, secretario, el cura y el maestro de escuela. Aunque el municipio contaba además con otros dos concejales, estos eran unos figurones, que para nada figuraban.

Las ventajas arriba expresadas, habían dado á nuestro ricachón cierta altivez que le hacía sumamente difícil en la cuestión de entronques, pues no encontraba en todo el término hombre digno de emparentar con su alcurnia. Pecado que purgaba su pobre hermana Cenobia, cuyos pretendientes eran siempre desairados por el opulento hermano, jefe de la familia.

Entre ellos se encontraba Tadeo, bravo mozo, derecho y fornido, con sus ojos, brazos y piernas cabales, ni chato, ni narigudo, curtido como un cuero, negro como un zapato, con la boca mas grande que un talego, pero con la dentadura blanca, afilada y bien dispuesta. Era un cristiano viejo de los de macha martillo, y si durante los seis días colendos se hacía pedazos á trabajar, lo que es el séptimo no se quedaba nunca sin misa y sin borrachera.

Habíanse conocido Tadeo y Cenobia siendo todavía muy niños y cuando los padres del primero fueron á buscar fortuna á la Serratella, desesperanzados de poderla hacer en la Segarra, pequeño caserío á algunas leguas de allí, en donde tuvieron establecido por algún tiempo un ventorrillo en que se expendía aguardiente para refrescar los arrieros en el verano, y aguardiente para abrigarse el estómago en el invierno.

Porque esa bendita bebida alcohólica tiene la rara virtud de ser refrescante ó tónica, á voluntad del que la toma.

Conforme iban creciendo en edad los dos niños, fueron aumentando sus mutuas simpatías, y por fin el amor estalló en su pequeño pecho con la fuerza de un volcán. Por esto las calabazas del hermano de Cenobia no le desesperanzaron, máxime cuando ésta persistía en recibirle con agrado, y en hablarle con amabilidad.

Era la noche-buena, y como el tiempo fuese muy malo, los habitantes de la masía habían renunciado generosamente á la misa del gallo. Algunos trabajadores de los que por las inmediaciones tenían sus bancales, se habían reunido también en la casa, y el amo de ella, ufano de poder mostrar su esplendidez, había hecho poner al fuego el puchero de las *rosas* y circular una gran bota repleta de lo *negro*, pues sería poco llamar tinto al áspero y endemoniado producto de las cepas serratellanas.

Todas las miradas estaban fijadas en el perol de donde, con frecuentes estampidos, saltaban los granos de maíz convertidos en blanquísimas rosetas, menos las del enamorado joven vueltas constantemente del lado de la codiciada doncella.

No reinaba el mayor silencio, pues si no elocuentes, el vino los había vuelto á todos locuaces, excepto á Cenobia y Tadeo que se deshacían en suspiros, llenos de fuego y de pasión.

Pero hubo un instante en que, sin razón alguna, todas las conversaciones terminaron á la vez, todas las voces callaron, y sólo impidió que el silencio fuese completo, el bullicioso ruido de los granos de maíz saltando en el perol.

En aquel momento cuasi solemne, se abrió bruscamente la puerta de la casa, y un hombre de edad provecta se presentó en medio de la entrada dando á todos las buenas noches. Era un mendigo de Useras que no en-



EL ABUELO, cabeza de estudio de G. Hackl

traba jamás en la iglesia y de quien todas las gentes honradas huían con temor. Tenía fama de brujo, y se aseguraba que sus sortilegios alcanzaban á las personas, á los animales, á las plantas y á los sembrados.

Ello no obstante, como pedía limosna al dueño de la casa, no quiso pecar, en noche tan señalada, de poco caritativo, y ofreció al recién llegado un asiento cerca de la lumbre y un trago de vino.

Cuando éste fué apurado y el mendigo se sintió caliente por dentro y por fuera, manifestó deseos de acostarse, y Cenobia le condujo al establo, donde no había más que una vaca muy flaca y un pollino que hacía gorda á la vaca. Entre ellos se echó nuestro mendigo esperando preservarse del frío con el calor de sus cuerpos.

Iba ya á entregarse completamente al sueño, cuando el canto del gallo, único reloj de la quinta, marcó la media noche. El asno sacudió entonces sus largas y caídas orejas, y habló en estos términos, dirigiéndose á la vaca, su compañera: Salud, amiga mía: ¿qué tal se ha pasado desde la pasada noche-buena, última vez que nos hablamos?

En vez de responder, el cornúpeto dirigió una oblicua mirada hacia el mendigo.

– Sí que valía la pena de que la Santísima Trinidad nos concediese el don de la palabra en tan santa noche, en recompensa de que nuestros abuelos asistieron al nacimiento del Hijo de Dios, para que tuviésemos por auditorio á un pérdis como el que nos escucha.

– No seáis tan orgullosa, comadre; más motivos de queja tengo yo, pues de mi raza y familia fué la que llevó sobre sus lomos á Jesús cuando entró triunfante en Jerusalén; pero me contento con lo que las tres Personas me quieren conceder. Además ¿no observas que nuestro huésped está dormido?

– ¡Miserable! todos sus sortilegios no han bastado para enriquecerle, y el diablo, con ser tan amigote suyo, no le ha advertido de la buena suerte que se le puede ofrecer aquí mismo dentro de unos días

– ¿Qué suerte? – preguntó el asno.

– ¿Cómo? ¿Ignoras acaso, hermano rucio, que cada cien años todas las piedras de la explanada corren á beber en la Balsa Blanca, y que durante este tiempo quedan al descubierto los tesoros por ellas ocultos?

– Es verdad, ahora me acuerdo. Pero vuelven las piedras con tantísima rapidez á sus respectivos lugares, que es imposible esquivarlas, y hay inminente riesgo de ser por ellas aplastado, á no tener en la mano una flor de pasionaria que contenga frescos y enteros los atributos todos de la pasión; la corona de espinas, los clavos y las llagas.

– Y no es eso lo peor, – añadió la vaca, – sino que para que los tesoros no se conviertan en polvo inmediatamente después que se aparten de su depósito, es menester que en cambio se deje en aquel sitio un alma bautizada. El demonio exige la muerte de un cristiano para dejar gozar en paz de las riquezas que se le arrebatan.

El mendigo había estado oyendo toda esta conversación sin osar respirar tan sólo

– Ah, cachorros míos, se decia á sí mismo; benditas sean vuestras bocas. ¡Dios os lo pague, hermosos! Sin pensarlo me hacéis el hombre más rico de la tierra. Estad tranquilos: el brujo de Useras no volverá á pasar la noche buena en un establo.

Durmióse entonces profundamente, y al siguiente día se puso en camino para buscar la flor de la pasionaria. Muchos días tuvo que buscar, pues era difícil en aquellas alturas encontrar tales rarezas; pero al fin, á muchas leguas de distancia, y en el jardín de un opulento magnate que tenía una magnífica casa de campo, logró extraer de un invernadero la flor apetecida.

Era ya la víspera de año nuevo cuando el mendigo volvió á la Serratella con el semblante satisfecho del hombre que ha leído en la lista de la lotería premiado el número de su billete y se dirige á la administración para cobrarlo.

Pasando por el camino de la quinta, vió á Tadeo que con un martillo-piqueta estaba dando golpes en la piedra más alta de una de las cercas de que antes hemos hablado.

– Pero, muchacho, ¿qué haces ahí? ¿Pretendes abrir los cimientos de una nueva casa en esos pedruscos?

– No por cierto; pero como ahora no tengo nada que hacer, he querido entretenerme grabando una cruz en estas piedras malditas, seguro de que así haré algo que le sea grato á Dios, que tarde ó temprano me lo recompensará.

– ¿Tienes algo que pedirle?

– Todos los cristianos tenemos que pedirle nuestra salvación.

– ¿Y nada le has de demandar relativamente á Cenobia? – añadió en voz más baja el mendigo.

Tadeo le miró con extrañeza.

– ¿Quién te ha enterado de eso? No en balde eres brujo. Y bien, después de todo, ¡qué importa! en amar á Cenobia no hay ni deshonra ni pecado; y si yo ando detrás de esa muchacha es con buen fin. Pero, por desgracia, su hermano pretende para cuñado un hombre que tenga más reales que ochavos puedo yo juntar al año.

– ¿Y si yo te diese ó te proporcionase más centines que reales desea que tengas tu cuñado, el hermano de Cenobia?

– ¿Tú? – exclamó el mozo.

– Yo.

– ¿Qué me exigirías por ello?

– Nada, sino que me tuvieses presente en tus oraciones.

– ¿De manera que yo no pondría en peligro mi alma?

– No necesitas más que valor.

– Entonces dime lo que he de hacer, – exclamó Tadeo dejando caer su martillo. – Pronto me tienes, aunque hubiera de exponer treinta vidas; pues más afán tengo por casarme que por vivir.

Cuando el mendigo vió que el joven estaba tan bien dispuesto, le refirió que aquella noche los tesoros que aquellas piedras encubrían habían de quedar al descu-

bierto; pero sin advertirle la manera de evitar el ser cogido por ellas á su vuelta.

El joven creyó que no necesitaba más que ligereza y osadía, y por ello dijo:

– Como hay tres Personas distintas y un solo Dios verdadero, que yo he de aprovechar esta ocasión, buen hombre, y que la mitad de la sangre que corre por mis venas está á tu disposición en pago del servicio que acabas de prestarme. Déjame concluir esta cruz que tenía comenzada; cuando sea hora yo iré á buscarte junto al matorral.

Tadeo cumplió su palabra y llegó al punto de la cita una hora antes de la media noche; allí estaba el mendigo con un saco en cada mano y otro al hombro.

– Vaya, – dijo al joven, – cuéntame qué piensas hacer cuando poseas á discreción el oro, la plata y las piedras preciosas.

El mozo se sentó en el suelo y contestó:

– Cuando yo tenga plata á discreción, daré á mi amada Cenobia todo lo que desee y haya deseado en esta vida: desde el lienzo hasta la seda, desde el pan hasta naranjas.

– ¿Y cuando tengas todo el oro que quieras? – añadió el brujo.

– Cuando tenga todo el oro que quiera, – siguió diciendo el mozo, – enriqueceré á todos los parientes de Cenobia y á todos los amigos de sus parientes.

– ¿Y cuando tengas todas las piedras preciosas que puedas desear? – dijo por fin el viejo.

– Entonces, – exclamó Tadeo, – haré ricos y dichosos á todos los hombres del mundo y les diré que se lo agradezcan á Cenobia.

En esta plática fuéles pasando el tiempo y la media noche llegó.

En el instante mismo oyóse un gran estrépito y viéronse á la claridad de las estrellas todas aquellas piedras en forma de sillares abandonar sus puestos y lanzarse con rapidez hacia la fuente. Bajaban á lo largo de la cuesta arrastrando la tierra y entrechocándose como un escuadrón de gigantes ebrios. En espantosa confusión pasaron por junto á los dos hombres y se perdieron en la oscuridad de la noche.

Sin detenerse un momento, Tadeo y el mendigo se precipitaron hacia el lugar en que poco antes se hallaban medio enterradas las enormes piedras, y descubrieron unos pozos hasta el borde llenos de oro, de plata y de piedras preciosas.

Tadeo lanzó un grito de admiración é hizo la señal de la cruz; pero el brujo se puso á llenar sus sacos con el oído atento hacia el lado por donde las piedras habían desaparecido.

Ya concluía de llenar su tercer saco, mientras que el joven se atascaba los bolsillos de su chaquetón, cuando un rumor sordo como el de una tormenta que avanza se dejó oir á lo lejos.

Las piedras habían bebido y volvían á sus respectivos lugares

Iban lanzadas, echadas hacia delante, destrozando cuanto se les ponía al paso. Al verlas el joven, exclamó lleno de espanto: ¡La Virgen María nos valga! ¡somos perdidos! – Yo no, – dijo el brujo cogiendo la flor de pasionaria, – aquí tengo mi talismán; era necesario que un cristiano perdiese la vida para asegurarme esta riqueza y tu mala suerte te ha puesto en mi camino; renuncia pues á Cenobia, y prepárate á morir.

En tanto hablaba de este modo, el ejército de las piedras había llegado; pero él presentó su flor mágica y todas se separaron á derecha é izquierda para precipitarse sobre Tadeo.

Este, comprendiendo que para él todo había acabado, se dejó caer de rodillas, y ya iba á cerrar los ojos, cuando la gran piedra que corría á la cabeza se detuvo cerrando el paso como una barrera para protegerle. El joven admirado levantó la cabeza y reconoció la piedra sobre la cual había grabado aquella mañana una cruz. Había quedado bautizada y no podía hacer daño á un cristiano.

Inmóvil permaneció delante del joven hasta tanto que todas sus hermanas habían tomado sus respectivos asientos.

Entonces se lanzó como una ave marina á ocupar el suyo, y encontró en el camino al mendigo fatigado con el peso de los tres sacos cargados de oro.

Al verla venir, el viejo quiso presentarle la flor mágica; pero la piedra había perdido al ser bautizada la sumisión á los encantamientos del demonio, y pasó bruscamente, aplastando al brujo como si fuese un reptil; Tadeo tuvo, aparte de lo que él había recogido, los tres sacos del mendigo, y fué bastante rico para casarse con Cenobia y hacer ricos á todos los vecinos de la Serratella y de las Useras.

CARLOS QUEVEDO



EL MONUMENTO Á CLAVÉ, *proyecto de D. José Vilaseca*

NOTICIAS VARIAS

EL YARACO, BEBIDA FERMENTADA DE LOS SALVAJES DEL ALTO ORINOCO. – El Sr. V. Marceno, en su reciente viaje de exploración al Alto Orinoco, ha observado de cerca las costumbres de los indígenas que habitan en esta región, y reunido, en cantidades suficientes para el estudio, algunos productos de origen vegetal, poco conocidos, pero de los que hacen bastante uso.

Habiendo vivido dos meses con los indígenas de las tribus de Gualubos, ha tenido ocasión de presenciar en todos sus detalles la preparación del licor fermentado (yaraco) con que los indios del Orinoco y del Amazonas se embriagan en sus fiestas. La base de la preparación del yaraco es el cazabe, producto exclusivamente feculento, que se saca de la raíz de yuca reducida á pasta y lavada con agua. Para transformar el cazabe en productos fermentescibles, los indios lo humedecen y después forman con él montoncitos que cubren con hojas, de plátano por lo general. A los pocos días lo amasan y lo baten, haciendo con la masa un cilindro muy envuelto en hojas de plátano que inclinan un tanto, dejando un agujero en la parte inferior, y del cual se ve salir á la mañana siguiente un líquido espeso y muy azucarado.

Cuando se quiere fabricar el líquido fermentado, por ejemplo, la víspera de una fiesta, se introduce por la parte superior del cilindro, y en pequeñas porciones, una infusión de una planta amarga y aromática; este líquido atraviesa la pasta y mana por la parte inferior, formando un jarabe ó melaza que, diluído en agua, fermenta con fuerza y da un licor embriagador. Otras tribus se limitan á echar en el agua la masa entera del cilindro, que, fermentando, da un líquido turbio y alcohólico.

EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE BARCELONA



MEDALLA DE PREMIO, *(proyecto aprobado del escultor don Eusebio Arnau)*

BARCELONA. – IMP. DE MONTANER Y SIMÓN